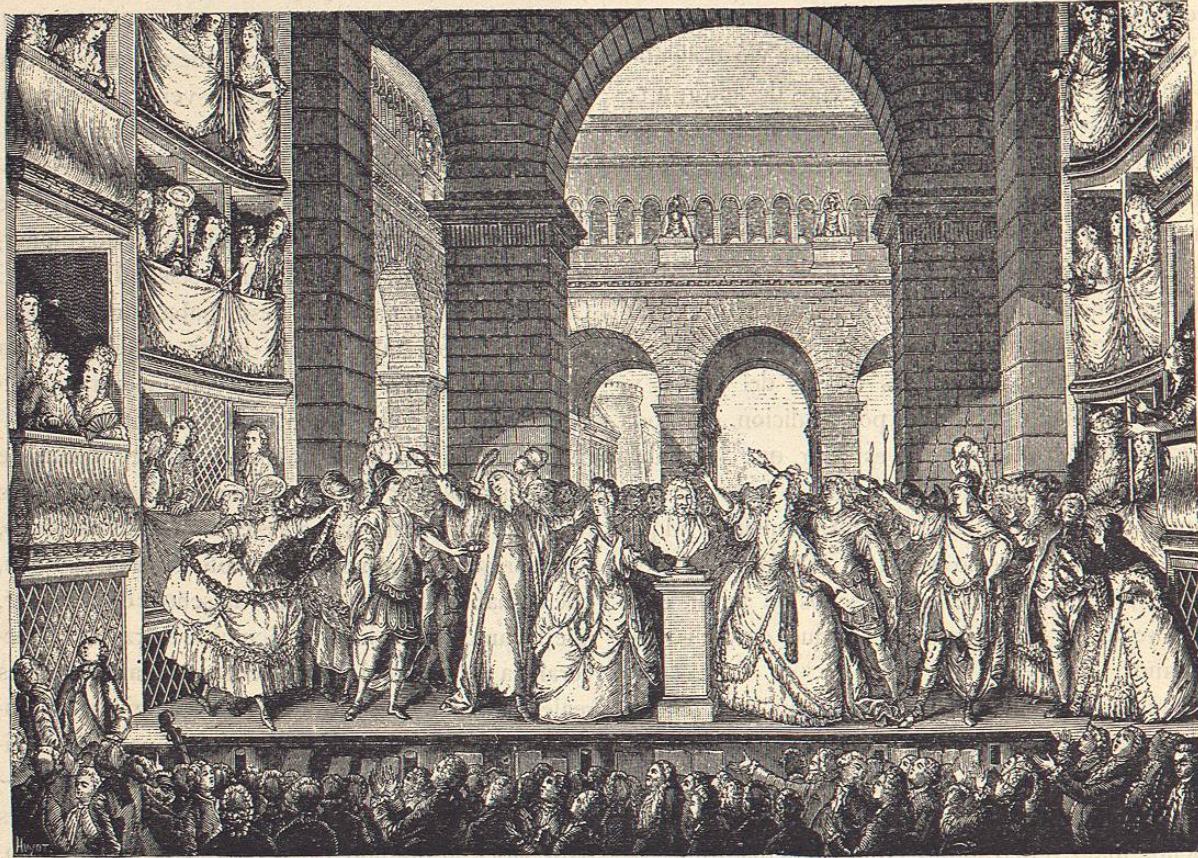


éxito, es el olor de corrupción moral que respira por todos lados. Los espectadores fueron más culpables que el poeta.» No obstante ese éxito prodigioso, único en la historia del teatro, la comedia estaba en plena decadencia en la Comedia francesa, á pesar de los esfuerzos que se hacían, para llevarla por el camino de los antiguos maestros, Colin de Harleville con *El inconstante*,—1786,—y Andrieux con la bonita obra *Los aturdidos*,—1787.—«La come-



Coronación de Voltaire

no por esto eran menos bien acogidas. Tratábase por lo general de las costumbres de la pequeña burguesía, también ocupaban la escena las costumbres populares, todo lo cual no disgustaba á la sociedad más culta y difícil. «Lo cómico bajo, decía Chamfort, se llama así porque imita las costumbres del pueblo bajo, y puede tener, como los cuadros franceses, el mérito del colorido, de la verdad, y de lo jocoso; puede también tener su delicadeza y sus gracias, así no se le debe confundir con lo cómico grosero.» El Teatro italiano hacía seria competencia al Teatro francés, al que tomaba los autores más en boga, tales como Marivaux, Le Sage, Saint-Foix, Florian, etc. Ese teatro cuyas representaciones eran tan brillantes, y tan concurre-

dia, decía entonces Mercier el dramaturgo, al dejar de pintar á los burgueses, ha perdido su jovialidad y su natural... Se ríe menos de lo que se reía, porque se razona más, y no se encuentra en parte alguna el fondo jocoso de nuestros padres.»

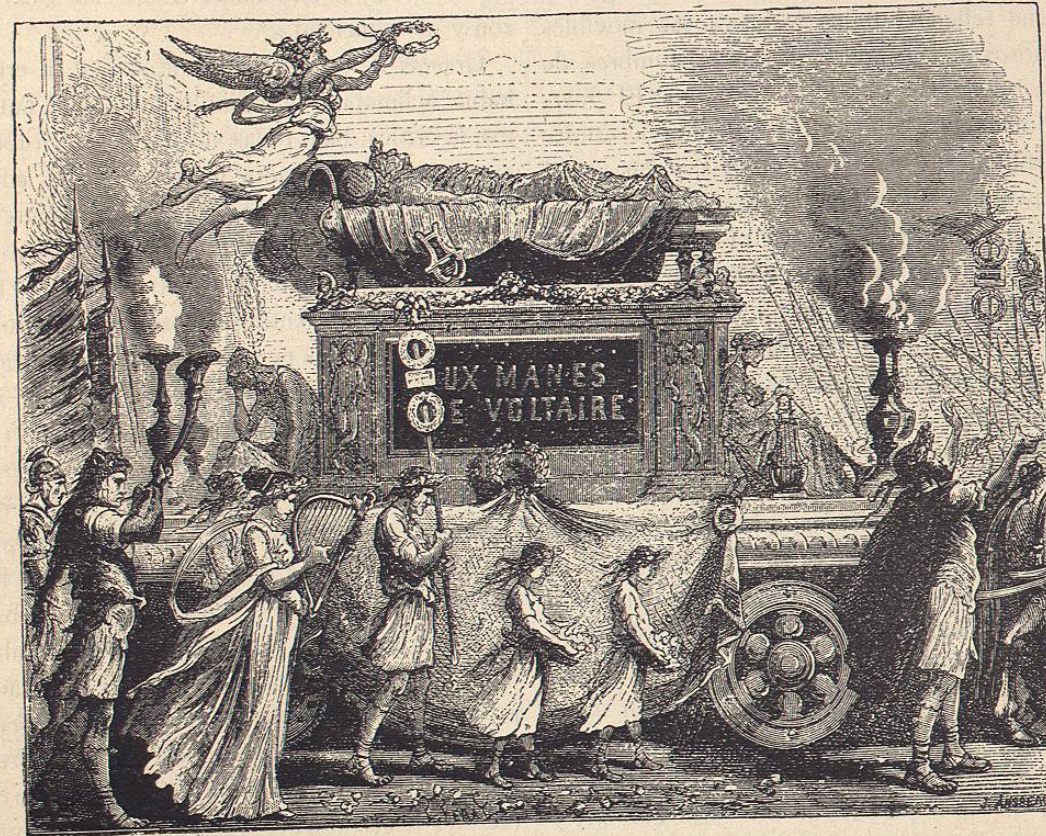
Pero había otros teatros además de la Comedia francesa, y en estos teatros todavía se reía, desmenuándose en ellos comedias muy divertidas, que algunas veces recordaban la farsa gálica, pero que

das como las de la Comedia francesa, tenía, además, autores cómicos, que no trabajaban sino por él y por el teatro de la Feria ó de la Opera cómica: Romagnesi, Avisse, Anseaume, Panard, Vadé, y multitud de otros, improvisaban escenas galantes, escabrosas, alegres, y siempre variadas, que la música animaba con sus inspiradas composiciones. El teatro de la Feria ó de la Opera cómica, que tuvo también sus autores titulados, hizo nacer, formó á dos que sobrepusieron á todos sus rivales: Favart sobre todo descollaba en la comedia en música, Sedaine en el drama en música. Favart nació en 1710 en París: «llevado de su genio, dice su amigo Voisenon, imaginó una nueva forma para la ópera cómica y de un espectáculo muy libre hizo un es-

pectáculo anacreóntico.» *La chercheuse d'esprit*,—1741,—se consideró como la obra maestra del género. Favart, que había nacido perezoso, no dejó por esto de componer multitud de obras encantadoras, gracias á colaboradores más activos que él. Voisenon, uno de éstos, le reprochaba sin embargo, «haber hecho la zancadilla al buen gusto introduciendo las piezas con arietas.» Sedaine, después de haber sido maestro albañil, se hizo autor dramá-

tico sin lograr ser jamás ni poeta, ni escritor; pero hizo representar en todos los teatros de música multitud de obras interesantes y patéticas, más bien por la situación que por el diálogo, y á él era á quien debía el músico sus más tiernas, sus más graciosas inspiraciones.

Aumentaban, pues, los autores en razón del número de teatros: las *Variétés amusantes*, el teatro de Nicolet, el de Audinot, tuvieron también sus au-



Funerales de Voltaire

tores, entre los cuales se distinguían algunos hombres de talento, enterrados en las escenas secundarias. Dorvigny, Desforges, Pigault-Lebrun y otros, habrían hecho mejor continuando sus felices ensayos en la comedia burguesa; tenían invención, verbosidad é ingenio. El público inteligente parecía como avergonzado de sus brillantes é inagotables éxitos, que la moda había acostumbrado á farsas groseras, á bufonías estúpidas, tales como *Les battus payent l'amende* y *La famille des Pointus*, que obtuvieron más de doscientas representaciones y fueron locamente aplaudidas.

La crítica nació en Francia, en el siglo XVII; los espíritus ilustrados ayudaronla á progresar y á desenvolver su influencia en las conversaciones de sus reuniones; pero lo que entonces se llamaban reglas

del gusto y sentencias de la crítica literaria se encontraban circunscritas y encerradas, en cierto modo, en los dos primeros diarios de ciencia y arte, de conversación y de literatura que hasta entonces hubiesen aparecido en Europa, el *Journal des Savants* y el *Mercure galant*. Estos dos diarios continuaban saliendo en 1700, pero sin que hubiesen aumentado sus lectores y verdad es, sin haber llegado al perfeccionamiento que era de esperar, después de más de treinta años de ensayos y de pruebas en un género de composición que tan bien cuadraba con el espíritu francés. Voltaire decía, en su juventud: «Hace mucho tiempo que no teníamos mas que nueve musas; la sana crítica es la décima, que ha venido bien tarde.»

El *Diario de los sabios* vió la luz pública en 1665,

y el *Mercurio galante*, en 1672; acogidos en un principio con curiosidad, buscados con simpatía, elogiados, hasta aplaudidos, sufrieron fases diversas de éxito y de desfavor. Donneau de Visé se había encarnado en el *Mercurio galante*, que había creado bajo el beneficio de un privilegio exclusivo y protector; pero durante los treinta primeros años de la existencia de esa publicación periódica que había de hacerse centenaria, hubo intervalos de flojedad y de negligencia en la redacción de una hoja ligera y aguda, que reflejaba todos los aspectos movibles y caprichosos de las modas, de las costumbres, de las ideas, y de las obras de literatura. El *Journal des Savants* tuvo que atravesar aún vicisitudes más amenazadoras para su porvenir, y en varias épocas tuvo que transformarse, cambiando de vida y de objeto. La crítica áspera y mordaz de su fundador, el consejero Dionisio de Sallo, parecía desde luego intolerable; la crítica tierna y banal del abate Gallois, que le sucedió, no convenía á nadie, ni áun á aquellos que más la ensalzaban. El abate de la Roque, que luego tomó la dirección del diario que se había hecho semanal, no le conquistó las buenas gracias de sus lectores ordinarios; después vino el presidente Connis por fortuna, á inaugurar, en esta interesante publicación, la crítica sabia, juiciosa é imparcial. Pero, después de la revocación del edicto de Nantes, que había hecho salir de Francia buen número de personas instruidas, inteligentes y laboriosas, la crítica y la erudición se marchó con ellas, y se estableció en Holanda. Habían nacido ya, allí, espontáneamente, diferentes diarios que, desde un principio, fueron superiores al *Mercurio galante*, y al *Diario de los sabios* que imitaban con ventaja. Las *Nouvelles de la République des lettres*, que Pedro Bayle redactaba casi solo á contar del mes de Marzo de 1684, la *Histoire des ouvrages savants* que Basnage de Beauval publicaba desde Setiembre de 1687, para hacer la competencia directa al diario de Sallo y de Gallois, se difundieron por toda Europa, y áun cuando venían de Amsterdam y de Rotterdam, no hicieron mas que aumentar la autoridad de la crítica francesa, puesto que estaban escritos por los refugiados franceses. Por desgracia el excepcionalismo de Bayle y la intolerancia protestante de Basnage disminuyeron mucho la importancia de los juicios que les merecían los libros y los autores contemporáneos. Sin duda era aquella crítica razonada, pero iba sin cesar más allá de su objeto, tocando cuestiones de fe y de doctrina. Uno de sus más estimables competidores, Juan Leclerc, que quiso emprender, con el título de *Biblioteca universal é histó-*

*rica*,—1686;—un diario de crítica más grave y más severo que el de P. Bayle, no supo despojarse lo bastante de su carácter teólogo calvinista; sin embargo los lectores no faltaban y le fueron fieles por más de cuarenta años, que se consagró sin interrupción á escribir los ochenta y dos tomos en dozavo que componen su *Biblioteca universal é histórica*,—1686 á 1693;—su *Biblioteca escogida*,—1703 á 1713;—y su *Biblioteca antigua y moderna*,—1714 á 1727, en donde hay amontonados tesoros de saber, de razón y de sagacidad.

Gracias á los refugiados franceses, la crítica se había aclimatado y naturalizado en los Países Bajos; la crítica, bajo todas sus formas y en todas sus excepciones, con tanta fuerza y razón como en Francia, pero con menos elegancia é imparcialidad. Esta crítica, de origen francés, debía muy pronto desprenderse del elemento protestante y hacerse exclusivamente científica, filosófica y literaria. Las excelentes revistas periódicas que se publicaron en Holanda desde principios del siglo XVIII, el *Journal littéraire* del librero Sauzet, etc.,—1715 á 1737;—la *Histoire critique de la République des lettres*, por Felipe Masson,—1712 á 1718;—la *Nouvelles littéraires*,—1715 á 1719,—y la *Europe savante*,—1718 á 1720,—y muchas otras, tuvieron tanta boga y crédito en Francia, en donde entraban sin obstáculo alguno, como en el país mismo en que estaban redactadas y publicadas con la mayor libertad. Muy pronto, empero, debían verse á varios de esos periódicos literarios, entre otros la *Biblioteca francesa*,—1723 á 1746;—publicarse en Holanda, áun cuando fueran exclusivamente escritos por críticos y sabios católicos residentes en París. En los Países Bajos, naturalmente, había tomado la prensa política un vuelo que no tenía, y no podía tener en Francia, donde la *Gaceta* era, desde 1634, el único diario que tuviese el privilegio de dar á los sucesos políticos una publicidad, por decirlo así, oficial, pues el gobierno se reservaba elegir las noticias que podían ser conocidas por todo el mundo. No era esto lo que sucedía en los Países Bajos, donde cada uno tenía derecho á hacer imprimir y distribuir una *Gaceta* política. Desde el año 1639, tenía Amsterdam su *Gaceta* particular, escrita en francés, con el título de *Nouvelles des divers quartiers*, en foleo á dos columnas, y desde esta época, otras *Gacetas*, conteniendo noticias locales y extranjeras. Se habían impreso, en la forma en cuarto, no solo en Amsterdam, sino también en Utrecht, Leyden, Rotterdam y la Haye. El principal redactor de esas hojas volantes era un francés llamado Nicolás de la Fond, á

quien se debe considerar, como á Theofrasto Renaudot en Francia, como el verdadero creador del periodismo político.

La *Gaceta de París*, que no se llamó *Gaceta de Francia* hasta 1762, sacaba, sin duda alguna, parte de sus materiales de las *Gacetas* extranjeras; pero siempre conservó, á pesar de sus copias sabiamente combinadas, la confianza que no se concedía á éstas, desprovistas de toda garantía moral y gubernamental. Bayle había tenido la buena fe de reconocerlo, diciendo: «Se han tomado todas las precauciones en el *Bureau d'adresse*, donde se redactaba la *Gaceta*, para no decir nada con buenos informes. De otra parte, el estilo de la *Gaceta* es muy bello y corre bien.» El conde de Guillevagues y de Bellizenis revisaban entonces escrupulosamente las pruebas.

Voltaire, mucho tiempo después, no vacilaba en autorizar el testimonio de Bayle en su *Diccionario filosófico*, donde decía: «Las *gacetas* de Francia han sido revisadas por el ministerio, esos diarios públicos, que pueden suministrar buenos materiales para la historia, por cuanto se encuentran en ellos los instrumentos públicos que los mismos soberanos mandan publicar, no han sido nunca manchados por la maledicencia y siempre se han escrito correctamente.» La *Gaceta*, excepción hecha de algunos casos extraordinarios, no contenía escrito alguno de historia y de literatura. Era una laguna que Claudio Jordan ensayó la manera de llenar inventando una nueva especie de diario, es decir, el diario histórico y literario, que publicó primero fuera de Francia, en Luxemburgo, en 1704, con el título un poco ambicioso de *La Clef du Cabinet des princes de l'Europe*. Ese periódico parecía mensualmente por cuadernos de cinco hojas de impresión en dozavo, y el redactor se proponía reunir los mejores documentos históricos, acompañándolos con observaciones personales, añadiendo todas las noticias especiales que podían interesar á sus lectores. La empresa tuvo tan buen éxito lo mismo en Francia que en el extranjero, que obtuvo permiso para llevar á Verdun su publicación, la cual, á partir del primer volumen, tomó el título de *Journal historique sur les matières du temps*, volviendo á tomar desde 1717 su primer título. Este diario, útil y muy estimado, destinado á larga vida,—murió en 1776,—no tardó en enriquecerse con buen número de sabias disertaciones, que no se hubieran estimado fuera de su lugar en las *Memorias de la Academia de inscripciones y bellas letras*. Fué el único diario que conservó, durante la mayor parte del si-

glo XVIII, el privilegio de dar noticias políticas en Francia, en competencia con la *Gaceta*.

Los dos únicos diarios literarios que se publicaban en París á últimos del siglo XVII, el *Diario de los sabios* y el *Mercurio galante*, languidecían, pues, y apenas sostenían la competencia que les hacían las hojas críticas impresas en Holanda. El conde de Pontchartrin, que era entonces Canciller de Francia, tuvo la idea de regenerar el *Diario de los sabios*, adquiriendo por cuenta del Estado la propiedad de ese diario,—1702;—encargando su redacción á una sociedad de literatos bajo la dirección de uno de ellos. Ellies du Pin tuvo esta dirección dos años y le reemplazó el abate Bignon en 1704. Los redactores, á excepción del abate de Vertot, eran poco conocidos, pero bastaban para la tarea que les estaba encomendada; no carecían ni de gusto ni de literatura, y cada uno trataba de ordinario las materias que mejor convenían á sus aptitudes; limitándose á examinar los libros nuevos que se juzgaban dignos de ser sometidos á su crítica. Muy pronto el abate Bignon hizo entrar en la sociedad algunos sabios más competentes tales como Fragner, Busette, Saivion y Terrassou. La reputación del diario se rehizo y se mantuvo en la misma altura durante todo el curso del siglo XVIII. Los artículos no eran firmados, pero se conocían los que salían de las mejores manos; por otra parte se sabía, que el P. Menestrier, Baluce, Malebranche, Bernouille y otros, habían suministrado memorias á la redacción, que nunca se separó de su costumbre de criticar con imparcialidad y benevolencia. Voltaire, que tuvo también á honor insertar dos ó tres memorias científicas en el *Journal des Savants*, declaró que ese diario: «padre de multitud de diarios, hijos muy poco parecidos á su padre,» se había preservado del contagio de las cábalas. No sucedió lo mismo con un diario de crítica literaria que no tenía menos boga, y que, á pesar del mérito incontestable de su redacción, debía excitar vivas polémicas entre los literatos. Desde 1701, la Compañía de Jesús había creado su diario, con el título de *Memorias para servir á la historia de las ciencias y de las letras*; se imprimía en Trevous, bajo los auspicios del duque del Maine, que había procurado la creación: «El gran curso de los diarios heréticos, como se dice en un número de ese diario,—Enero de 1712,—ha hecho nacer en el duque del Maine la idea de un diario que tuviera principalmente por objeto la defensa de la religión.» Por una singular coincidencia, el padre Tournemine, que había sido profesor de Voltaire en el Colegio de Luis el Grande, fué el primer director